

CRISIS Y MODELOS NACIONALES DE EMPLEO: LA EXPERIENCIA DE DIEZ PAÍSES EUROPEOS EN LA CRISIS¹

Albert Recio²

Dep. Economía Aplicada, Universitat Autònoma de Barcelona

Josep Banyuls³

Dep. Economía Aplicada, Universitat de Valencia

I

En 2007 diez grupos de investigadores europeos concluimos un proyecto de investigación sobre la "Dinámica de los sistemas nacionales de empleo" (Dynamo)⁴. Se trataba de un proyecto en el que se pretendía incidir en el debate sobre los modelos de capitalismo a partir del análisis de la realidad laboral. No se partía de la nada. Gran parte de los participantes en este proyecto tenía una larga trayectoria de debate, cooperación y trabajo en común, vehiculado principalmente a través del encuentro anual del "International Working Party on Labour Market Segmentation" promovido desde un grupo de investigadores de la Universidad de Cambridge (especialmente Frank Wilkinson y Jill Rubery). Los principales resultados del proyecto Dynamo se han plasmado en dos libros⁵, artículos en diferentes revistas y un número especial de la revista *Work organisation labour & globalisation* (volumen 4, nº 1, primavera 2010). El grupo de trabajo del proyecto Dynamo incluía a un país nórdico (Suecia), tres países continentales (Alemania, Austria, Francia), dos países anglosajones (Reino Unido e Irlanda) una economía ex comunista (Hungría) y tres mediterráneos (Italia, Grecia, España), siguiendo algunas de las más conocidas tipologías sobre los modelos de capitalismo.

En marzo de 2011 ha tenido lugar en París, con la generosa financiación de la fundación Transform, ligada al grupo parlamentario de la izquierda europea, un encuentro de los grupos que participaron en el proyecto con objeto de evaluar cómo habían respondido nuestros diferentes modelos nacionales de empleo en la presente crisis. En las líneas que siguen damos cuenta, en primer lugar, del concepto de modelo

¹ Esta nota no se hubiera podido escribir sin los trabajos del seminario que comentamos posteriormente. Es obvio sin embargo que lo que aquí exponemos no es más que nuestra interpretación personal de los trabajos realizados alrededor del proyecto Dynamo. Agradecemos también los comentarios de Lourdes Benería.

² albert.recio@uab.cat

³ josep.banyuls@uv.es

⁴ <http://www.dynamoproject.eu>

⁵ Bosch, G.; Lehndorff, S.; Rubery, J. (ed) (2009), *European Employment Models in Flux. A comparison of Institutional Change in Nine European Countries*, Palgrave-Macmillan; Anxo, D; Bosch, G.; Rubery, J. (2010), *The Welfare State and Life Transitions. A European Perspective*, Edgard Elgar.

nacional de empleo, que estimo útil para analizar el funcionamiento de la actividad laboral de los distintos países y a continuación pasamos a explicar lo ocurrido en los distintos países, el tipo de respuestas y sus efectos potenciales. El comentario está basado en las presentaciones en power point de los diez países y en las notas recogidas en la sesión⁶.

II

El concepto de modelo nacional de empleo parte de una definición amplia del concepto de trabajo, una actividad humana que se realiza en diversos espacios, particularmente el mercantil -trabajo asalariado y trabajo autónomo- y el no mercantil -trabajo doméstico y otro tipo de actividades no mercantiles. En las economías capitalistas el espacio mercantil-capitalista tiene un papel central pero no actúa en el vacío sino que mantiene una permanente interacción con la esfera pública (que incluye el espacio del poder político en un sentido amplio y la provisión de bienes públicos) y la esfera doméstico-familiar. Para entender el funcionamiento específico de cada economía particular es necesario conocer el papel que juegan cada uno de estos espacios, las dinámicas de interacción que existen entre las mismas. Se trata de una perspectiva que considera tanto la importancia de las instituciones en el funcionamiento efectivo de las economías capitalistas como de las dinámicas históricas que han conducido en cada país a la configuración de un determinado modelo nacional de empleo. De hecho uno de los objetivos explícitos del proyecto Dynamo fue analizar en qué medida la incidencia de fuerzas y dinámicas comunes, la globalización, la integración europea y los cambios demográficos (especialmente el envejecimiento y la inmigración), estaban generando una convergencia de modelos o persistían las diferencias. El balance final mostraba la persistencia de importantes diferencias y que los distintos modelos nacionales mostraban distintas fórmulas de reacción a unas mismas fuerzas de presión.

Los modelos nacionales de empleo se caracterizan por una especial configuración de los tres espacios ya comentados: el del empleo mercantil, el del trabajo doméstico familiar y el de la provisión pública de bienestar. Contemplan por tanto los elementos básicos que determinan las condiciones de vida de la población, el reparto de la carga laboral, las desigualdades de renta y estatus social.

⁶ Las notas sobre la crisis que siguen se basan en las presentaciones del encuentro de París realizadas por S. Lehdorf (*Employment models in Europe: how they fared in the crisis?*) que incluye el análisis del caso alemán, J. Flecker y Ch. Hermann (*The Austrian Model in Crisis*), D. Anxo (*Negotiated flexibility in Sweden: a more egalitarian response to the crisis?*), M. Lallement (*France: always in crisis?*), D. Grimshaw y J. Rubery (*The bis society blunderbuss: how the coalition government is dismantling the UK' welfare state*). J. Wickam (*After the party's over: the Irish model and the paradox of non learning*), L. Neumann (*State and union policies in tackling the crisis in Hungary*), M. Karamessini (*Sovereign debt crisis in Greece: accelerating transition to liberal capitalism*), A. Simonazzi (Italy: still life) y J. Banyuls y A. Recio (*Spain: the nightmare of the Mediterranean Neoliberalism*)

En las economías capitalistas el espacio mercantil constituye el núcleo sobre el que se articula la actividad económica. Para analizarlo pueden considerarse dos subsistemas: el modelo productivo y el modelo de empleo. El primero está configurado por la estructura empresarial y productiva. En cada país ésta está determinada por el tipo de especialización productiva, por la estructura empresarial (tipos de empresas, redes empresariales) y por las opciones estratégicas de las empresas. En la mayor parte de países, existe un núcleo de empresas que ocupan un papel central y éstas tienen una influencia primordial en la configuración del modelo productivo. Éste, a su vez, es el principal responsable de crear la estructura del empleo. El otro subsistema configura el modelo de empleo, la forma específica como se articulan las relaciones laborales. Está configurado por las regulaciones públicas en materia laboral, el tipo de organización sindical, la estructura de la negociación colectiva y las políticas laborales de las empresas. Para los economistas neoclásicos a menudo el análisis del empleo se limita a este subsistema, pero en nuestro esquema es evidente que el modelo de empleo está fuertemente condicionado por el modelo productivo y las políticas empresariales. El sistema de bienestar está configurado por las políticas públicas de provisión de rentas y servicios a la población. Y el sistema familiar constituye el centro de la actividad reproductiva y de cuidados, y el núcleo donde se empiezan a conformar las estructuras de género. Evidentemente estos dos modelos interaccionan entre sí y con el modelo de empleo. En países con mayor provisión de bienestar el peso del trabajo doméstico suele ser menor y mayor la presencia de mujeres en el mercado laboral, aunque a menudo se encuentran trabajando en los propios empleos del sistema de bienestar. El sistema de bienestar es, por tanto, creador de empleo y condicionante de la forma como los individuos se posicionan en el mercado laboral. Nada de esto quizás es demasiado nuevo, pero esta consideración de los espacios y las interacciones permite comprender bastante bien las diferencias laborales entre países, sus niveles de desigualdad, sus dinámicas de empleo. Y permite también entender la complejidad de las condiciones laborales de cada país.

III

La posición de cada país anterior a la crisis era muy diferente en cada uno de los subsistemas. En el plano productivo estas diferencias eran el reflejo de un lento proceso de especialización productiva y de opciones estratégicas de las elites económicas. Estas diferencias se reflejaban asimismo en los modelos de empleo dominantes. En especial los países nórdicos y Alemania se configuraban como espacios donde el mantenimiento de una importante actividad industrial se correspondía con la persistencia de un sistema de empleo dominado por una fuerte implantación sindical, el predominio de la negociación colectiva sectorial a escala nacional, sistemas muy desarrollados de formación y reconocimiento profesional y estructuras salariales más igualitarias que el resto. Curiosamente, los países que en la fase anterior aparecían como los más dinámicos en cuanto a creación de empleo obedecían a estructuras productivas y relaciones

laborales diferentes. España e Irlanda formaban parte de los países exitosos en cuanto crecimiento productivo y creación de empleo y su estructura productiva aparecía muy sesgada a favor de la actividad constructora y con un enorme peso de la actividad financiera. Con diferencias, su modelo laboral, se caracterizaba por una importante presencia de empleos a corto plazo, ausencia de buenas estructuras de formación y reconocimiento profesional y una importante entrada de inmigrantes foráneos que permitieron generar un amplio ejército de reserva.

En el plano de las políticas económicas y de bienestar el neoliberalismo había ido imponiéndose en la práctica totalidad de países como eje de la política económica, si bien su profundidad y modalidades diferían enormemente. En gran medida porque en muchos países, especialmente en aquellos que el estado de bienestar y el capitalismo regulado habían alcanzado mayor predominio, casos sueco, alemán, austríaco, francés o griego, los procesos de demolición habían sido relativamente lentos y paulatinos. Los modelos de gestión neoliberal eran más potentes en el mundo anglosajón y en países que habían experimentado cambios radicales en sus marcos institucionales en pleno auge de las políticas neoliberales, como es el caso de España y especialmente, de Hungría. Con todo, el período anterior a la crisis mostraba en algunos casos algunas correcciones al modelo. Esto resulta patente al menos en tres casos: Suecia, Reino Unido y España. En el primero, donde el núcleo central de las políticas socialdemócratas aún seguía en pie, se había recuperado un cierto peso de las políticas igualitarias de bienestar, en gran medida presididas por objetivos de tipo demográfico: mantener el incremento de la población autóctona. En Reino Unido las políticas de los laboristas habían representado una cierta rectificación respecto al desmantelamiento thatcheriano. Si bien se había mantenido lo fundamental del enfoque neoliberal, la política de Blair y de Brown había implicado un nuevo impulso al gasto social, en campos como la sanidad y la atención a mayores (crucial en un país donde la estructura familiar no garantizaba su cuidado) y en formación laboral de los desempleados (en un intento de humanización de las políticas de workfare). En España el retorno del Partido Socialista al poder, en 2004, representó asimismo un nuevo impulso para las políticas de bienestar con el desarrollo de leyes como la de Dependencia o la Igualdad (o como la moderada recuperación del valor adquisitivo del salario mínimo). Incluso en Irlanda, el país con una política más claramente neoliberal, el crecimiento económico había permitido ciertos avances en la provisión pública de servicios. Un crecimiento, en estos casos, limitado por una reducida recaudación pública debida a los bajos niveles impositivos y, en el caso español, al elevado nivel de fraude fiscal. Problemas fiscales que también afectan al resto de países mediterráneos. Por el contrario Alemania, el país emblemático del capitalismo regulado había iniciado una serie de reformas, en el estado de bienestar y en el modelo de empleo que se orientaban netamente hacia una gestión más neoliberal de la crisis.

Hay varias cuestiones básicas que emergen de este variopinto cuadro de situaciones:

- 1- Los modelos productivos de los distintos países mostraban una enorme diferenciación fruto de una trayectoria productiva previa que la integración europea lejos de reducir parecía incrementar. El éxito de algunas economías a corto plazo era más bien el resultado de la adopción de estrategias que están en el origen de sus problemas actuales.

2- Aunque el neoliberalismo, en sus propuestas de gestión económica y social, era sin duda la orientación dominante, su implantación en los distintos países mostraba grados y ritmos desiguales e incluso en algunos aparecía cierta rectificación, sobre todo en términos de ampliación de ciertas políticas de bienestar.

3- En consecuencia de todo ello se podía esperar que una crisis global golpeará de forma desigual a países con modelos productivos, de empleo y de bienestar diferentes.

IV

La crisis ha golpeado a todos los países, pero su efecto ha sido muy distinto atendiendo a su posición particular. Si tomamos como referencia la variación experimentada en el Producto Interior *per capita* podemos considerar tres grupos de respuestas. La primera la formarían aquellos países que han experimentado una fuerte recesión seguida de una recuperación más o menos vigorosa. Un grupo que incluye a Alemania, Suecia y Austria. Posiblemente entre estas tres economías existan fuertes interrelaciones lo que permite adscribirla al papel de la locomotora alemana. En segundo lugar países que tras una fuerte recesión experimentaron una recuperación moderada en 2010: Reino Unido, Francia, Italia y Hungría (esta última también en la periferia alemana). Y por último los países que experimentan una recesión fuerte y sostenida: España, Irlanda y Grecia.

Si consideramos las variaciones en el empleo la situación es bastante parecida. Comparando el empleo a principios de 2008 y finales de 2010 se puede apreciar que el primer grupo de países ha experimentado un crecimiento del empleo a final del periodo (con excepción de Suecia donde la situación parece estancada). En los del segundo grupo predomina una moderada destrucción del empleo, excepto el caso de Hungría que experimenta un moderado crecimiento. Y en el tercer grupo la destrucción de empleo es importante. Estas comparaciones siempre deben tomarse con cuidado, básicamente por dos razones: la estacionalidad y las características del empleo. Al tomarse datos trimestrales es evidente que la estacionalidad juega un cierto papel y como esta afecta de forma distinta a cada país, debida a su estructura ocupacional, ello puede generar pequeñas distorsiones. En cuanto al tipo de empleo hay que contar que el impacto del empleo a tiempo parcial (o la jornada reducida) puede variar las cifras y esconder situaciones diversas en cada país. Con estas salvedades resulta evidente que el perfil de la crisis en el empleo refleja bastante bien la situación económica en cada país. Y sin duda son los antiguos tigres de la construcción los que han salido más malparados a largo plazo.

El desempleo ha crecido a pesar de ello en todas partes y en todos los países los perfiles del mismo son similares. En primer lugar los jóvenes han sido los primeros perjudicados por la crisis. La destrucción o el estancamiento del empleo han afectado especialmente a las personas que están entrando en el mercado laboral. También a los

que ocupaban empleos precarios, sea bajo la fórmula de contratos temporales o bajo el de empleo temporal en ETTs. También ahí los jóvenes estaban situados previamente en la peor situación. En todas partes también la destrucción de empleo se ha cebado en el empleo manual en la industria o en la construcción. La diferencia es que allí donde esta última era el factor esencial, la recuperación se ha desvanecido. Un efecto colateral ha sido que las tasas de desempleo masculino y femenino han tendido a converger, pero es una triste convergencia pues no se basa en una conversión a la alza (bajos niveles de desempleo para ambos sexos), sino al contrario a la baja (mayor crecimiento del desempleo masculino, pero alto para todo el mundo).

En términos agregados, lo que permite esta comparación, la pista más importante es que las respuestas diferentes se han debido menos a las políticas laborales de los distintos países y más a su especial especialización productiva.

Hay otra pista a considerar. Los países que contaban con más peso del estado de bienestar y políticas más desarrolladas de mantenimiento del empleo han pasado con menores penurias la situación de crisis. En este caso destacan, de nuevo, los países que podemos situar en el modelo nórdico y continental. En ellos han predominado diversos tipos de políticas orientadas a reducir el impacto de la crisis. Tal es el caso del sistema de reducción de jornada con apoyo público, un modelo que se ha incorporado en España tras la última reforma laboral. Se trata, esto sí, de una medida viable cuando las empresas piensan que la crisis es estrictamente coyuntural y que vendrá una recuperación. En este caso el mantenimiento del empleo se acepta no sólo por razones humanitarias sino para evitar que, en una posterior recuperación, aparezcan cuellos de botella en la mano de obra cualificada que se podría perder en caso de despido. Es, por tanto, una alternativa tanto más probable cuanto más coyuntural se estime la crisis y cuanto más estratégica para las empresas se considere la cualificación de la mano de obra. En los países de especialización constructora, donde no se prevé creación de empleo a corto plazo y donde predomina un modelo de bajo reconocimiento de la cualificación estas medidas tienen poco peso. De hecho la recuperación se ha experimentado sobre todo en aquellas actividades que producen bienes industriales sofisticados (lo que también explica el mejor desempeño de Italia respecto a otros países mediterráneos).

V

El caso alemán se presenta como el modelo a seguir para Europa, el país que está en condiciones de dar lecciones al continente de que como orientar la economía dada su espectacular recuperación. Pero analizando con más detalle la situación es bastante más compleja y preocupante de lo que parece a primera vista.

Lo que ha ocurrido en Alemania no puede considerarse una mera respuesta a la crisis, sino que en muchos aspectos la situación actual tiene raíces lejanas. Después de la Segunda Guerra Mundial el modelo productivo alemán se orientó hacia la producción

industrial de calidad, no solo relacionado con algunos grupos empresariales productores de bienes de alta tecnología (electrónica, química, componentes de automoción) y bienes de gama alta (coches de lujo), sino también por medianas empresas especializadas en bienes de equipo de calidad. En consonancia con este modelo productivo el modelo de empleo alemán se ha caracterizado por un alto grado de regulación institucional: uno de los sistemas de formación profesional más sofisticados del mundo, políticas de mantenimiento del empleo (fundamentalmente mediante la subvención de reducciones de jornada en tiempos de crisis), amplia implantación sindical, elevado grado de formalización de la negociación colectiva, etc., un desarrollo mediano del estado de bienestar... El modelo, con altos y bajos (sobre todo generados por las dificultades creadas a partir de una integración mal planeada de la antigua R.D.A.) ha permitido al país convertirse en un "campeón" de las exportaciones de productos industriales sofisticados y generar, al mismo tiempo, unas condiciones de empleo relativamente buenas.

En los últimos años, el sistema empezó a cambiar al calor de los aires neoliberales. Aunque, como suele ser habitual, no se ha producido un desmantelamiento completo de los viejos sistemas de regulación del empleo. A parte de los ya conocidos recortes en las políticas de bienestar, los cambios más significativos se han producido en el modelo de empleo. Sobretudo en tres campos: reducción de las regulaciones profesionales en algunos sectores (regulaciones que combinan formación profesional, reconocimiento de nichos de mercado para profesiones, mecanismos de soporte de los profesionales en caso de desempleo), fragmentación de la negociación colectiva y políticas de moderación salarial. Estas dos últimas han sido especialmente importantes en las actividades de servicios, en los que se produce una mayor expansión del empleo. Este proceso ha tenido lugar sobre todo mediante la entrada de nuevos sindicatos (a menudo auspiciados por los propios empresarios o por sectores conservadores) que han negociado convenios de subsectores con condiciones laborales a la baja. También porque durante los últimos años las patronales presionaron con éxito a favor de una moderación salarial justificada en aras a la competitividad y se ha desarrollado la externalización de actividades y el empleo temporal. El balance de este proceso es doble: Alemania experimentó en los últimos años el mayor descenso de costes laborales de Europa (aunque éste en conjunto se produjo sobre todo por el "efecto composición": un aumento del peso de los empleos de bajos salarios) y un fuerte aumento de las desigualdades salariales y la aparición de capas de trabajadores de ingresos bajos. Los recortes en las políticas de bienestar, especialmente en el caso de los desempleados, han reforzado las desigualdades, las presiones por aceptar empleos de bajos salarios y la pobreza de algunos sectores de la sociedad.

Al estallar la crisis, Alemania vio descender drásticamente su actividad industrial pero mucho menos el empleo, porque se pusieron en marcha muchos de los viejos mecanismos de protección de la estabilidad, especialmente la reducción subsidiada de la jornada laboral, un especial modelo de "reparto del empleo": los trabajadores trabajan menos horas, cobran menos pero reciben una compensación pública por parte del salario

perdido. De hecho este modelo se asemeja al de los Expedientes de Regulación de Jornada en España, pero, en nuestro caso, las retribuciones de los trabajadores se deducen de sus futuras prestaciones de desempleo. Este factor, junto con otras medidas de regulación del tiempo como la reducción de las horas extra y la aplicación de las cuentas de horas, han sido los principales factores que han preservado el empleo industrial durante la crisis y han atenuado el impacto sobre el empleo de la caída de la producción. Como sugiere S. Lehndorff en su presentación esto ha sido más bien producto del mantenimiento de viejos esquemas del modelo de empleo negociado que, ahora, empieza a desmantelarse.

La recuperación se ha producido en parte porque los nichos de mercado alemanes han vuelto a tirar, pero lo que explica el superávit alemán no es solo que Alemania ha ganado en competitividad, sino que el aumento de los sectores de bajos ingresos ha provocado que Alemania haya dejado de importar parte de lo que normalmente importaría. De hecho la política alemana parece otra variante de la deflación competitiva que ya se experimentó en Europa en la década de los 80. El problema a largo plazo estriba en que el comercio exterior alemán está sobre todo centrado en Europa (el 60% de las exportaciones se dirigen a la Unión Europea, el 72% a Europa) y al frenar las importaciones, Alemania está provocando problemas al resto de sus vecinos, que ven su mercado restringido (no estamos tan lejos de los años 30 aunque ahora no haya devaluaciones sino simplemente hundimiento de rentas salariales). La posible revalorización del Euro provocada por el nuevo aumento del tipo de interés y las políticas de ajuste fiscal impuestas a varios países de la periferia europea, en gran parte por expresa voluntad de los líderes alemanes, puede acabar por provocar una nueva catástrofe que tenga incluso un efecto "boomerang" para el propio modelo alemán. Una caída de la demanda global europea que afecte, también a las exportaciones alemanas. En todo caso, el modelo no parece sostenible a largo plazo.

Tampoco para los alemanes el modelo resulta satisfactorio ya que la evidencia indica que se ha basado en un fuerte aumento de las desigualdades, entre capital y trabajo, entre trabajadores de diferentes sectores y en una reducción sustancial de las políticas de bienestar. Un modelo de austeridad que genera efectos negativos que al final pueden llevar a la crisis. El éxito alemán, pues, parece tener mucho de obstinación y miopía por parte de las élites locales y, en todo caso, no parece posible generalizar.

Hay una cuestión en la que el modelo alemán tiene puntos de conexión con la experiencia de otros países, especialmente con aquellos donde la crisis se ha traducido en una moderada caída del empleo: Suecia, Francia, Austria. En todos ellos se puede detectar que se han puesto en marcha distintos mecanismos de preservación del empleo propios de los viejos tiempos de concertación social: políticas de gasto público, de flexibilidad negociada del tiempo de trabajo, etc. Por el contrario, los países donde las políticas neoliberales estaban más implantadas éstas no se han mostrado efectivas a la hora de preservar la destrucción masiva del empleo.

VI

La cara opuesta de Alemania, la representan España, Irlanda y Grecia. Aunque sus experiencias no son completamente idénticas, hay bastantes puntos en común.

En los tres casos el origen de su fuerte depresión tiene que ver con el modelo productivo. Aun con historias diferentes se trata de países donde la última fase de crecimiento ha tenido un carácter de fuerte desequilibrio general. En cierta medida el modelo irlandés y español tienen similitudes: papel crucial de la burbuja inmobiliaria, importante peso del sector financiero y, salvando las distancias, bajo peso del sector público debido a un bajo nivel impositivo. Cuando la burbuja inmobiliaria se ha colapsado y, con diversa intensidad, ha generado una importante crisis financiera, se ha producido además un colapso de los ingresos públicos y un posterior endeudamiento. Las historias particulares difieren (España es con todo un país con mayor industrialización, relevancia del mercado interno y gran presencia del sector turístico que garantiza un importante flujo de ingresos), pero el proceso es similar. En todo caso el resultado final es parecido: endeudamiento privado que se transfiere al sector público, inviabilidad de continuar el mismo modelo de acumulación, destrucción masiva de empleo. En ambos casos, también, el crecimiento económico generó un proceso migratorio masivo, la movilización de un importante ejército de reserva, que, al caer la actividad, ha agravado el volumen de desempleo.

El caso griego es relativamente diferente, pero el origen es el mismo. Se trata de una economía que no ha conseguido desarrollar un modelo equilibrado de producción, con una industria endeble, una posición geográfica periférica y la ausencia una especialización adecuada. En el caso griego no ha existido una burbuja inmobiliario-financiera parecida a los otros dos casos. La dinámica del proceso se ha mantenido por el impulso de un sector público que ha entrado en un grave endeudamiento por su incapacidad de desarrollar un proceso económico equilibrado, y por una economía lastrada por estructuras clientelares. Un aspecto que Grecia comparte con España. En ambos casos, otra manifestación de una estructura social desequilibrada es el mayor peso, entre los jóvenes, de los titulados superiores frente a las personas con formación profesional. Un desequilibrio que en parte es un reflejo del modelo productivo y en parte de unas aspiraciones sociales que desprecian las actividades manuales.

La inviabilidad a largo plazo de estos modelos se muestra con el hecho de que la crisis y el desempleo se han enquistado. Y, al final, han sido forzados a aceptar políticas de ajuste que, lejos de rectificar el modelo, tienden a reforzarlo. Irlanda ha tenido que nacionalizar la deuda privada. Grecia y España a aplicar un duro plan de ajuste, del que posiblemente estemos sólo en la primera fase.

Italia experimenta problemas parecidos, pero su situación es algo diferente. El sistema productivo italiano es más complejo. Parte del mismo mantiene nichos de mercado en productos sofisticados, mientras que otra parte presenta aspectos más próximos al modelo griego. En lo que coincide con el resto del sur de Europa (y con el modelo irlandés) es en el infradesarrollo del sector público, su endémica falta de ingresos

asociada al enorme volumen de evasión fiscal. Esta situación explica la atonía global de la economía italiana y los problemas para hacer frente a un cambio de modelo global. Asimismo, el modelo de empleo muestra esta misma dualidad: una elevada protección del empleo de los trabajadores adultos de las empresas del sector productivo fuerte y una desprotección del resto. Al igual que en los otros países, la insuficiencia presupuestaria del sector público abre la vía a nuevas reformas de profundización neoliberal. Hungría se encuentra también en esta posición, tras el desmantelamiento del antiguo régimen, se ha convertido en una economía, en el plano productivo, orientada a la exportación y en gran parte subcontratista de la industria alemana, con un modelo de empleo dominado por un limitado papel de los sindicatos y de los mecanismos de regulación pública, y con un modesto desarrollo del modelo de bienestar. En este contexto, la crisis no ha hecho sino golpear aún más estas débiles redes de protección social.

El último de los países con evolución preocupante es Reino Unido. En bastantes aspectos su sistema productivo puede calificarse de neoliberal: fuerte predominio del sistema financiero, sostenido déficit exterior, endeudamiento público. Aunque la complejidad del sistema productivo, la densidad de su sistema de producción científica y el nivel alcanzado por el sistema de bienestar (no solo del pasado sino también por la recuperación en algunos campos llevada a cabo por las políticas de la tercera vía) le diferencian un poco del resto en cuanto a capacidad de maniobra, especialmente debido al poderío de su sistema financiero (a pesar del crash, la City londinense ha podido capear hasta ahora la situación). Sin embargo la crisis ha facilitado un cambio político que se ha traducido en un verdadero giro de la política económica impuesto por la coalición conservadora-liberal demócrata. Este giro se basa en un drástico recorte del presupuesto público y en una reorientación completa de las políticas en aspectos como: el paso a la gestión privada de los servicios públicos, la introducción de nuevos mecanismos de presión sobre los parados y la creación de mecanismos de discriminación al acceso de las ayudas públicas, la remoción del sistema universitario tendiendo a su privatización, la eliminación de parte de los mecanismos de apoyo a las familias... Un cambio tanto o más radical en la senda de las políticas neoliberales de hace treinta años.

Aunque con importantes diferencias, este último grupo de países presentan algunas tendencias comunes. En primer lugar un sistema productivo con una estructura polarizada sectorialmente (especialización productiva, peso excesivo del sector financiero...) que conduce al colapso por bloqueo o que genera graves problemas de equilibrio externo. En segundo lugar un sistema público con graves problemas financieros, en parte asociados a las políticas de baja fiscalidad (o en forma de elevada evasión fiscal) producto tanto de una trayectoria histórica como de recortes fiscales aplicados en la fase anterior de expansión económica. Problemas que la crisis ha acrecentado por la doble combinación de la caída de ingresos y del apoyo público masivo a las entidades financieras en crisis. En tercer lugar la aplicación de un duro ajuste de la esfera pública que no se limita a un recorte de gastos sino que introduce nuevos mecanismos de control privado sobre la gestión de servicios colectivos. En cuarto lugar el recorte de las políticas públicas y la emersión de un paro masivo conducen a cambios

en el modelo de empleo, bien mediante reformas de las normas laborales (caso español), bien mediante el impacto que los cambios en el modelo de bienestar ejercen sobre el modelo de empleo, por ejemplo en la forma y profundidad de la protección a los desempleados. En quinto lugar se aprecian profundas reformas en los esquemas de bienestar en el sentido de reducir sus niveles de prestación y cambiar sus modalidades. Queda por ver como ello influirá en la cuarta estructura básica, el modelo familiar. En suma la crisis del modelo productivo se está traduciendo en una profunda remodelación de las políticas públicas en clave de un reforzamiento de las políticas neoliberales.

VII

Al margen de las diferencias hay un lugar común en todos los análisis. La crisis, y la gestión que se está haciendo de la misma, están aumentando las desigualdades sociales. Los procesos son variados. Un aspecto común en todas partes es que los jóvenes constituyen el grupo más golpeado por la situación, destrucción y simultánea falta de creación de empleo. En bastantes de los países estudiados se ha generado la preocupación por el futuro de unas cohortes de edad que van a experimentar una tardía integración al mundo laboral y pueden experimentar un prolongado período de inactividad o alta precariedad. Cabe señalar que si bien en muchos países la crisis ha golpeado con más fuerza a los trabajadores de ciertos sectores, como los empleados de la construcción y de las industrias afectados por la recesión (lo que curiosamente ha generado la ya comentada igualación de las tasas de paro masculinas y femeninas), las políticas de recortes presupuestarias y de reconversión del sector público amenazan el empleo de las clases medias asalariadas y por tanto amplían el espectro social del desempleo.

En segundo lugar las desigualdades ya se estaban ampliando con las sucesivas transformaciones de los modelos de gestión empresarial: externalizaciones, subcontratas, uso del empleo temporal y con la reducción de la contratación colectiva centralizada. Ahora la crisis está reforzando estas tendencias tanto por la profundización de las reestructuraciones empresariales como por la incitación a nuevas reformas del modelo de empleo justificadas como reformas favorables a la creación de empleo. Incluso Suecia, que es el país que ha mantenido un sistema de empleo más igualitario, está experimentado fuerzas centrífugas en este sentido.

Y en tercer lugar están los recortes en las políticas de bienestar. Estas afectan sobre todo a los tipos de cobertura del desempleo. En muchos casos las políticas diseñadas para activar a los desempleados de larga duración y reducir el gasto destinado a ayudas sociales está generando una nueva situación de pobreza y criminalización de las víctimas y puede dar lugar a nuevas fracturas de la cohesión social.

Una crisis gestada por un sistema económico afectado por desigualdades insostenibles está dando como resultado una profundización de las mismas con efectos sociales graves y, seguramente, sin resolver los desequilibrios que están en el origen de los problemas.

VIII

Este repaso a la experiencia de diez países permite ilustrar como un mismo fenómeno global, la crisis económica, tiene una traducción diversa en los distintos países de acuerdo con sus particulares modelos productivos y de empleo. Permite discutir el planteamiento dominante de que existe un único modelo de acción, el de las políticas neoliberales, para salir de la situación. Más bien lo que muestran estas experiencias es que los países que han retenido más instrumentos del capitalismo regulado keynesiano, han experimentado mayor capacidad de sortear la situación que aquellos donde las políticas neoliberales estaban más avanzadas (menor peso del sector público, mayor peso del sector financiero, mayor precarización del empleo). Aunque tampoco puede olvidarse que estos países tienen una especialización productiva que les permite mantener con más fuerza su posición.

A pesar de estas diferencias notables hay también cuestiones comunes. Estas tienen que ver sobretodo con el predominio de respuestas neoliberales a la crisis, de reforzamiento del modelo. También de un modelo de salida nacional que en el plano europeo está debilitando aún más a los sistemas más débiles y puede acabar por generar nuevos episodios críticos. En concreto el papel hegemónico de Alemania se sostiene desde un plano de política nacional que, con elementos muy diferentes, retrotrae a las respuestas nacionales de la crisis de los años 30.

Señalar por último que en estos análisis no se incorporan los aspectos medio ambientales que generan otro tipo de problemas. Como el de la inflación originada en los mercados de materias primas (aunque seguramente en la misma intervienen factores no ecológicos como la misma financiarización de los mercados de materias primas, los oligopolios sectoriales etc.) que en los próximos meses puede erigirse en otro factor de complicación. Hasta hoy los economistas laborales siguen teniendo dificultades para integrar en su modelo analítico la cuestión medioambiental. Es una tarea por hacer.